

EL MOTÍN



Año XXXVIII

Madrid, Viernes 25 de Octubre de 1918.

Número 35.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa con el 25 por 100 de rebaja.

ADVERTENCIA

No publiqué el número de la semana pasada y he retrasado la salida del de la actual, por un quebranto de salud, del que ya estoy repuesto.

LA GUERRA

Texto de la Nota que el Presidente Wilson envió al nuevo Gobierno alemán

«Antes de contestar á la pregunta del gobierno imperial alemán tan clara y concretamente como lo exigen los formidables intereses en juego, el presidente de los Estados Unidos estima necesario asegurarse de la significación exacta de la Nota del canciller alemán.

¿Quiere decir el canciller imperial que el gobierno imperial alemán acepta las condiciones propuestas por el presidente en su comunicación al Congreso de los Estados Unidos el 8 de Enero último y en las comunicaciones posteriores, y que su propósito al entablar discusiones sería solamente el de ponerse de acuerdo sobre los detalles prácticos de su aplicación?

El señor presidente se ve en la obligación de manifestar, en cuanto se refiere á la indicación del armisticio que se le hace, que no ve la posibilidad de proponer la suspensión y cesación de hostilidades á los gobiernos con los cuales el de los Estados Unidos está asociado contra las potencias centrales, mientras los ejércitos de estas últimas potencias se encuentren ocupando el suelo de los gobiernos asociados.

La buena fe de toda discusión dependerá manifestamente del consentimiento, por parte de las potencias centrales, de retirar inmediatamente y de todas partes, sus fuerzas de los territorios invadidos.

El presidente de los Estados Unidos créese igualmente en el deber de preguntar al canciller imperial si habla simplemente en nombre de las autoridades consi-

tituidas en el imperio y que hasta aquí vinieron dirigiendo la guerra.

Considera que la contestación á las preguntas anteriormente formuladas es vital desde todos los puntos de vista.»

Reciba, señor, el reiterado testimonio de mi más alta consideración.—Firmado: Roberto Lasing, secretario de Estado.»

En contestación á esa Nota envió este el Gobierno alemán al Presidente de los Estados Unidos:

«El Gobierno alemán ha aceptado los «artículos» que el presidente Wilson en su alocución del 8 de Enero y en sus posteriores alocuciones ha fijado como base para una duradera paz del derecho. La finalidad de las conversaciones que habrían de entablarse sería, pues, *meramente* la de entenderse sobre los prácticos pormenores de su aplicación. El Gobierno alemán supone que también los Gobiernos de las Potencias aliadas se pondrán en el terreno de las manifestaciones del presidente.

El Gobierno alemán, de acuerdo con el Gobierno austrohúngaro, se declara dispuesto para el logro de un armisticio á corresponder á las proposiciones de evacuación al presidente. Estos gobiernos proponen del presidente haga efectiva la reunión de una Comisión mixta, cuyo cargo sería ajustar los acuerdos necesarios para la evacuación.

El actual Gobierno alemán, que lleva la responsabilidad por el paso hacia la paz, está firmado por negociaciones realizadas con la gran mayoría del Reichstag y en conformidad con ésta. En cada uno de sus actos, apoyándose en la voluntad de esa mayoría, habla el canciller imperial en nombre del Gobierno alemán y del pueblo alemán.

Firmado: Solff, secretario de Estado de Negocios Extranjeros.»

Después de entabladas estas negociaciones, los alemanes siguieron retrándose de Francia y de Bélgica y talando, saqueando é incendiando las poblaciones que abandonaban vencidos, y perpetrando sus submarinos torpedeos como estos dos que relató de este modo la Prensa:

Torpedeo de un vapor correo inglés

Quinientos muertos

Los alemanes impiden las operaciones de salvamento torpedeando los botes salvavidas

El buque correo *Leinster*, que hacía el servicio postal entre Inglaterra é Irlanda, ha sido torpedeado.

Las últimas noticias sobre el torpedeo del vapor *Leinster* hacen subir á 500 el número de muertos.

Sólo los supervivientes, el segundo torpedero produjo una explosión ensordecedora, que arrancó de cuajo las dos chimeneas del buque. Inmediatamente el *Leinster* se hundió. Muchas mujeres y muchos niños cayeron al mar.

Los pocos botes salvavidas que fué posible

arriar, estaban sobrecargados y dieron la vuelta. Uno de los sobrevivientes dice que la escena fúe indescriptible.

Botes y balsas que estaban en el agua fueron hinchos astillas por la segunda explosión. Un gran bote salvavidas, con cerca de 70 personas, se estaba arriando cuando estalló el segundo torpedeo, que hizo blanco en las personas que se encontraban en el bote y las redujo á fragmentos. El torpedeo produjo una nube de humo que oscureció la luz del sol.

La noticia de este acto de barbarie ha levantado honda indignación en todo el país. La Agencia Central News publica un despacho de Dublin, diciendo que á bordo del buque correo *Leinster* iban 150 mujeres y niños, de los que sólo una ventena han podido ser salvados.

De 21 funcionarios de Correos que iban de servicio á bordo del buque inglés, sólo se ha salvado uno.

Entre los desaparecidos se cuentan el comandante del *Leinster*, el capitán Bieh, que fué alcanzado por el torpedeo, destrozándole una pierna; Mr. Shaw y Lady Hamilton, hija de la duquesa de Abercorn.»

Torpedeo de un paquebote japonés

La compañía de navegación Nipton Yusen Kaisha, comunica que el paquebote japonés *Urano Mauru* que llevaba á bordo 97 pasajeros y 143 tripulantes ha sido torpedeado.

Los detalles del torpedeo son tan terribles como los del vapor correo *Leinster*.

Se dice que el barco japonés fué alcanzado en sus partes vitales por el torpedeo alemán, hundiéndose con una rapidez vertiginosa, en menos de cinco minutos, lo que impidió á los pasajeros que aún vivían alcanzar los botes de salvamento.

Todos perecieron ahogados; la mayoría de ellos sin haber tenido ni tiempo de darse cuenta. La provisión de las personas que perecieron fué, por consiguiente, enorme, pues to que de trescientas, tanto pasajeros como hombres de la tripulación, solamente diecisiete marineros y once pasajeros pudieron salvarse de la catástrofe. Entre las víctimas hay muchas mujeres y niños.

Toda la tripulación, incluso los oficiales, ha perecido.

No solamente el submarino alemán no intentó ninguna maniobra de salvamento, sino que hizo todo lo posible para impedirlo, é intentó torpedear al contratorpedero que llegó al lugar del siniestro.

Se calcula que el número de víctimas causado por los torpedeos del *Leinster* y del *Urano Mauru*, asciende á 820.

A la última Nota de Alemania, contestó el Presidente Wilson el 14 de Octubre:

«La aceptación formal por el presente Gobierno alemán y por la gran mayoría del Reichstag alemán de las condiciones expuestas por el presidente de los Estados Unidos de América en su Mensaje al Congreso de los Estados Unidos de 3 de Enero del corriente año y en sus discursos posteriores, autoriza al señor presidente á hacer una declaración, franca y directa, de su decisión, en cuanto se refiere á las comunicaciones del Gobierno alemán de 3 y 10 de Octubre corriente.

Es menester que quede claramente entendido que el modo de proceder á la evacuación y condiciones de un armisticio son cuestiones que deben dejarse al juicio

y dictamen de los consejeros militares del Gobierno de los Estados Unidos y de los Gobiernos aliados.»

El presidente estima un deber manifestar que no puede adoptarse por el Gobierno de los Estados Unidos ninguna disposición que no constituya suficiente salvaguardia y garantía absolutamente satisfactoria del mantenimiento de la supremacía militar actual de los ejércitos que tienen en los campos de batalla los Estados Unidos y sus aliados. Está también convencido de que serán de esta opinión, y apoyarán tal decisión, todos los Gobiernos aliados.

El presidente estima que es también su deber añadir que ni el Gobierno de los Estados Unidos, ni tampoco—y de ello está absolutamente cierto—los Gobiernos con los cuales se halla asociado el de los Estados Unidos, accederían a tomar en consideración un armisticio mientras las fuerzas armadas de Alemania continúan las prácticas ilegales e inhumanas que persisten en emplear hasta el presente.

En el preciso momento en que el Gobierno alemán hace al Gobierno de los Estados Unidos proposiciones de paz, los submarinos alemanes se encuentran hundiendo barcos con pasajeros, y no sólo hundiendo barcos, sino las propias canoas de salvamento en las que los pasajeros y tripulaciones buscaban refugio y salvación; en la retirada que les es impuesta actualmente en Flandes y Francia, los ejércitos alemanes perseveran en la perpetración de despiadadas destrucciones, que fueron siempre consideradas como violación directa de las reglas y prácticas de toda guerra civilizada.

Las ciudades y aldeas, si no quedan destruidas, se ven, no sólo despojadas de cuanto contienen, sino que, con frecuencia, son arrebatados de ellas hasta los mismos vecindarios.

No se puede esperar de las naciones asociadas contra Alemania que accedan a la cesación de las hostilidades mientras que prosigan los actos de inhumanidad, explotación y «devastación», actos que ellas ven con justísimo horror y con el corazón dolorido.

Es igualmente necesario, para que no pueda haber ninguna interpretación errónea, que el presidente llame muy solemnemente la atención del Gobierno de Alemania sobre los términos y sobre la significación manifestada, en lo sucesivo, de una de las condiciones de paz que el Gobierno alemán ha aceptado.

Ellas están comprendidas en el discurso del presidente pronunciado en Mont Vernon el día 4 de julio último.

Es como sigue: «Es necesaria la destrucción de todo poder arbitrario, en cualquier lugar que pueda, separadamente, secretamente y por su única voluntad, perturbar la paz mundial. Si no puede ser destruido inmediatamente, al menos debe quedar reducido a una impotencia virtual.»

El poder que hasta ahora ha dirigido a la nación alemana es de la naturaleza aquí descrita. La nación alemana puede optar por modificarlo. Las palabras del presidente que acaban de citarse, constituyen, naturalmente, una condición previa a la paz, si la paz tiene que sobrevenir del mismo pueblo alemán. El presidente siente la obligación de manifestar que, a su juicio, todo el proceso de la paz dependerá del carácter terminante y satisfactorio de las garantías que puedan darse en esta cuestión fundamental.

Es indispensable que los gobiernos aso-

ciados contra Alemania sepan, sin ninguna clase de duda, con quién están tratando.

El presidente dará una contestación por separado al Gobierno Real e Imperial de Austria-Hungría.—Firmado: Roberto Lansing, secretario de Estado para los Asuntos Exteriores.»

Contestación de Alemania

a la Nota anterior de Wilson

«Al aceptar la proposición de la evacuación de los territorios ocupados, ha partido el Gobierno alemán de que el procedimiento a ser seguido en esta evacuación y las condiciones de armisticio debieran ser entregadas al juicio de consejeros militares, y que la actual proporción de las fuerzas en los frentes ha de servir como base de los convenios, según fórmula la garantizadora.

El Gobierno alemán autoriza al presidente para buscar una ocasión con objeto de fijar los detalles. Confía en que el presidente de los Estados Unidos no apruebe exigencia alguna que no pudiera armonizar con el honor del pueblo alemán y con el restablecimiento de una paz de justicia. El Gobierno alemán protesta contra el reproche respecto a actuaciones ilegales e inhumanas alegado contra las fuerzas beligerantes alemanas de mar y tierra, y con ello contra el pueblo alemán. Para cubrir una retirada siempre habrá necesidad de destrucciones, siendo éstas permitidas por el derecho de gentes.

Las tropas alemanas tienen la orden severa de respetar la propiedad particular y de auxiliar en lo posible a la población. Donde, a pesar de esto, ocurran excesos, los culpables serán castigados. El Gobierno alemán re-bate también que la Marina alemana haya aniquilado intencionadamente botes de salvamento, con sus tripulantes, en hundimientos de barcos. El Gobierno alemán propone dejar aclarar por Comisiones neutrales todos los casos de esta índole.

A fin de evitar todo lo que pudiera dificultar la obra de la paz, todos los comandantes de submarinos han recibido órdenes por iniciativa del Gobierno alemán, las cuales excluyen a todos los barcos de pasaje del torpedeamiento, no pudiéndose, por motivos de índole técnica, garantizarse que esta orden sea recibida por todo submarino actualmente en el mar, antes de su regreso.

Como base de las condiciones para una paz, indica el presidente el apartamiento de todo poder que se base en la arbitrariedad, y que, sin poder ser vencido, pudiera deliberadamente perturbar la paz mundial.

A esto contesta el Gobierno alemán: «En el Imperio alemán la representación popular no tenía hasta ahora derecho de influir en la formación del Gobierno.

La Constitución no había previsto una cooperación de la representación popular en la decisión sobre guerra y paz. Ha habido un cambio fundamental en esta situación. El nuevo Gobierno ha sido formado de completo acuerdo con la representación popular, elegida por un derecho electoral equitativo, general, secreto y directo. Los jefes de los grandes partidos del Reichstag son miembros del Gobierno. En lo sucesivo, ningún Gobierno podrá encargarse del Poder o seguir en él sin poseer la confianza de la mayoría del Reichstag. Será ampliada legalmente y

garantizada la responsabilidad del canciller frente a la representación popular. El primer acto del nuevo Gobierno es presentar al Reichstag una ley que modifica la Constitución del Imperio, en el sentido de que sea necesario el consentimiento de la representación popular, para decidir sobre la guerra y la paz. El nuevo sistema se funda, no solamente en garantías jurisdiccionales, sino también en la voluntad inquebrantable del pueblo alemán, que, en su mayoría, apoya estas reformas, exigiendo enérgicamente su prosecución. La pregunta del presidente Wilson y de los gobiernos aliados con él es contestada, por consiguiente, clara y terminantemente, con la afirmación de que la oferta de paz y de armisticio parte de un Gobierno que, libre de toda influencia arbitraria es irresponsable, es apoyado por la aprobación de la aplastante mayoría del pueblo alemán.

Berlín, 20 de Octubre de 1918.—Firmado: Solt (secretario imperial de Negocios Exteriores.)»

Justicia al vencido

No porque ahora vayan de capa caída he de negar que los alemanes, al lanzarse a la guerra, llevaron altos, nobles y elevados pensamientos; ensañarse con el vencido es de almas viles. Uno de esos pensamientos, el que influyó mas en la decisión que tomaron, y que venían halagando cerca de medio siglo, fué el siguiente:

Allá por Abril del año 1914 publicó el alemán doctor Heiferich, eminente profesor de Estadística, un estudio sobre las riquezas comparadas de Francia y Alemania que causó gran sensación y del que resultaba que:

Con arreglo al encaje oro de los Bancos de emisión, cada alemán tenía 30 francos, y cada francés 107, ó sea más del triple.

Con relación a los billetes de Banco, cada alemán tenía 42 francos, y cada francés 148, ó sea casi el cuádruple.

Con relación a la circulación monetaria total, cada alemán podía reivindicar teóricamente 130 francos, y cada francés 242, ó sea casi el doble.

Algunos periódicos pangermanistas comentaron indignados aquella desproporción económica, y gritaron que la guerra fué se inmediatamente declarada a Francia, puesto que su población era de 40.000.000 nada más y la de Alemania de 60.000.000, para vencerla, imponerle una continuación de guerra enorme y empobrecerla así por muchos años.

Queda, pues, demostrado con este solo dato, que la nación hoy vencida no obedeció al declarar la guerra a móviles interesados, bajos y mezquinos.

SEÑORES GERMANOS ESPAÑOLES

Puesto que Alemania es, según decís, la nación más adelantada en todos los ramos del saber humano,

y todo cuanto dice y hace, como cuanto dijo é hizo debe ser admirado, copiado y tenido por artículo de fe,

supongo que estaréis deseando que las naciones aliadas sigan al pie de la letra las máximas que difundió antes de la guerra y durante la guerra, entre las cuales escojo hoy los siguientes:

«El doctor Solt, hoy ministro, escribió hace cuatro años: «Contra Inglaterra lu-

chamos por el botín. Ese botín será colonial.»

«En Marzo del año actual, cuando era preparada la gran ofensiva que debía aniquilar a ingleses, franceses y belgas antes de que llegara el socorro americano, se expresó así: «Vamos a Occidente a imponer nuestra paz, nuestra paz alemana.»

«Ahora vamos a convertirlos en polvos.» dijo de Guillermo II al diputado Talker, al terminar la sesión del 4 de Agosto de 1914 en el Reichstag.»

«Tannenbergh, en su libro famoso, *Biblia del pangermanismo*, escribió estas frases: «Al vencedor sólo hay que dejarle los ojos para llorar.»

«Antes de la guerra, el Kaiser, mirando al Oeste, es decir, a Francia, exclamó: «Tenemos nuestras espadas aguzadas y seca nuestra pólvora.»

«En Mayo de 1917, hablando de los ingleses, dijo: «Debemos mostrarnos implacables con esa nación odiosa, de la cual emanaban todos nuestros males. Nunca entraremos en relación de amistad con Inglaterra.»

Fudiera citar otra porción de frases de exterminio parecidas, mas esas son bastantes para justificar mi vehemente deseo de que los aliados vencedores se los apliquen ahora a los alemanes vencidos, ya que, por ser tuyas, son verdaderas, justas y necesarias.

LA DEBACLE

Los Imperios Centrales se desmoronan.

En Alemania se celebran manifestaciones en varios puntos pidiendo la paz, acusando al Alto mando militar de haber engañado al pueblo, la abdicación del Kaiser, disparando tiros sobre su palacio, intentando quemar la gran estatua de madera que erigieron en Berlín al general Hindenburg cuando triunfó de los rusos, y realizando otros actos que revelan desengaño, cansancio, ira y desesperación.

En Austria, y por las mismas causas, han anadido a tiros en Praga el pueblo y la tropa; se han dado en el Parlamento húngaro vivas a los aliados; el grito de paz resuena por todas partes.

Al par que esto continuaban los ejércitos aliados obteniendo victoria sobre victoria, arrojando del territorio francés y belga al enemigo común, habiendo capturado 500.000 prisioneros y 5.000 cañones.

Contra la voluntad de quienes la promovieron, esta guerra anticipará en muchos años el reinado de la equidad y la justicia de que la Humanidad estaba tan necesitada.

Abajo la leyenda

Llevar cincuenta años preparándose para la guerra; lanzarse a ella proclamándose el brazo de Dios; no perdonar medio, por barbaro y cruel que fuese, para aterrar al mundo; faltar a todo derecho, burlarse de toda ley, y acabar pidiendo la paz a fin de evitar el derramamiento de sangre, es la prueba de ineptitud e impotencia mayor que ha dado jamás pueblo alguno.

Compárese a Alemania con Inglaterra que en plena guerra improvisó su Ejército, y con los Estados Unidos que en un año ha formado el suyo y lo ha traído a Europa, y dígame dónde está la inteli-

gencia, la ciencia, el poderío y la voluntad.

La peor señal

En Alemania hacen ya rogativas para que la guerra termine.

Esto dice claramente que se consideran perdidos, y me recuerda aquello del obispo que iba embarcado y permaneció sereno y tranquilo durante una tempestad horrible en tanto oyó a los marineros jurar y blasfemar, pero que perdió toda esperanza cuando los vio caer en tierra con las manos cruzadas y mirando al cielo: «¡Ahora sí que no tenemos salvación!» exclamó en el tono de las grandes angustias.

FRASE FALSA

Al lanzarse a la guerra el Kaiser dijo que era el brazo derecho de Dios.

Me rei de la jactancia, por estar enterado de que tiempo de que Dios no encomienda a nadie la misión de hacer lo que puede. El realizar en un segundo, si así cuadra a su voluntad soberana.

Pero, lo confieso: tuve en los primeros días algunas perplejidades al ver los grandes éxitos que alcanzó el Ejército alemán sobre naciones desprevenidas, olvidándome de la antigua y manoseada cuarteta

Vinieron los saracenos

y nos molieron a palos;

que Dios ayuda a los malos

cuando son más que los buenos;

Desde la primera batalla del Marne mis perplejidades cesaron. ¿Cómo era posible que Dios, siendo cierto lo que el Kaiser dijo, hubiera consentido que detuvieran los aliados el impulso de su omnipotente brazo?

Opinión en la que me he confirmado ahora al ver que el supuesto mandatario de Dios, después de segar millones de vidas, encharcar de sangre la tierra y enrojecer los mares, faltar a toda ley, pisotear todo derecho, incendiar, saquear, etcétera etc., ha pedido un armisticio para llegar a la paz.

Esto prueba elocuentemente que Dios no interviene para nada en el asunto, y que le han ofendido nuestros clericales al elogiar a quien se atribuyó su representación.

Una idea

Después de pactada la paz por los Gobiernos en la forma que crean justa, eficaz y reparadora, convendría que cada individuo de cada una de las naciones donde tanta sangre y tantas lágrimas se han derramado por culpa de Alemania, tomase aisladamente el acuerdo de rechazar, por lo menos en un plazo de cinco años, todo producto que procediese de aquella nación, negándose además a entrar en tratos y contratos con sus naturales, lo mismo en el terreno económico que en el intelectual.

Puesto que sus habitantes lo saben todo, lo valen todo y son superiores a todos en todo, vivirían en grande en aquel emporio de cultura imitando a Juan Palomo, aquel que decía: «Yo me lo guiso y yo me lo como.»

Servidores leales

No me atrevería a asegurar que todos los periodistas germanófilos cumplirían siempre y en todos los casos los compro-

misos que por convicción, por deber ó por dignidad contrajeran, pero sí aseguro que en sus relaciones con los alemanes se han portado y se están portando como unos perfectos caballeros.

Si ayer agrandaron sus éxitos, hoy disminuyen cuando no ocultan sus fracasos; no dan cuenta de las atrocidades que cometen al retirarse vencidos; no reparan en mentir si esto favorece a los que defienden.

Si lo hacen desinteresadamente ¡qué convencidos! No lo están ya tanto los propios alemanes.

Y si por dinero ¡qué modestos! Se contentan con unas cuantas pesetas para ir tirando penosamente del carno de la vida.

Ingratos serán los alemanes si al terminar la guerra no señalan si quiera una pensión vitalicia de un par de marcos diarios a cada uno de los de esta última categoría para que puedan seguir saboreando las patatas de la ignominia.

Hace algunos años un alemán enseñaba a un turista danés la casa de Schiller en Weimar.

—Ha aquí la casa de nuestro poeta nacional—dijó el alemán.

—Poeta internacional—replicó el danés—. ¿No escribió *La doncella de Orleans* para los franceses, *Guillermo Tell* para los suizos, *Maria Estuardo* para los escoceses y *La desposada de Mesina* para los italianos?

—Pero, ¿es que no escribió también para los alemanes ne?

—¡Ah, sí!—contestó el danés; no lo recordaba; escribió *Los bandidos*.

Santiago Esquerdo

Murió el domingo último en el Manicomio de Carabanchel, del que era director, fundado por aquel hombre superior, tío suyo, que se llamó José Esquerdo.

De estar a su lado en el instante supremo, habría yo besado aquella frente donde jamás cupo un pensamiento mezquino y estrechado aquella mano que tanto bien repartió entre enfermos y de-graciados.

Dícil me sería, si lo pretendiese, señalar la cualidad predominante en Santiago de todas las que honran y enaltecen al hombre, pues las tenía tan equilibradas, que era imposible decir: es más inteligente que bondadoso; mejor esposo y padre que amigo; cumple con su deber profesional con más celo que con el de ciudadano; tiene más corazón que carácter. Poscía todas esas cualidades en tan altas dosis, que ninguna eclipsaba a la otra.

En política era republicano, y aunque trabajó mucho y desempeñó comisiones arriesgadísimas en aquellos tiempos que aún se conspiraba, no pretendió ocupar cargos en el partido; era uno de los pocos románticos que quedan en política.

En muchos hogares se habrán vertido lágrimas por su muerte; en todos aquellos que tuvieron en el Manicomio un deudo que la ciencia de Santiago curó, ó sus cuidados y atenciones le hicieron más llevadera su situación triste.

A su señora viuda, sus hijos y demás individuos de aquella excepcional familia de los Esquerdos, que saben cuanto nos queríamos el muerto y yo, ¿qué decirles; que me asoció a ellos para llorarle, y que tengo a orgullo recordar que fui amigo íntimo de un hombre como él.

De todos y de cada uno amigo y servidor

JOSE NAKENS

MI ADHESION

El domingo 13 se celebró en el Hotel Palace el anunciado banquete en honor de Galdós, Cavia y Unamuno.

Resultó el homenaje a la altura de quienes lo recibieron, se leyeron cinceladas cuartillas de los dos primeros y pronunció el tercero un discurso de los que acostumbra, destrozando con frases de Apocalipsis todo lo que debe barrerse de España. Leopoldo Romeo, ese periodista de la derecha más revolucionaria que casi todos los de la izquierda, pronunció otro que habría indignado a cuantos germanófilos lo hubiesen oído. Y Felipe Sassone, notable literato argentino que escribe en *Nuevo Mundo*, dió también en otro la nota aliadofónica con gran valentía.

La falta de espacio me impide ocuparme del acto con la extensión que merece, pero conste que me adhiero a él.

¡Bien, muy bien!

Los alemanes, que han torpedeado noventa barcos españoles asesinando cerca de doscientos de sus tripulantes, se han dignado darnos ahora satisfacción cumplida regalándonos seis buques de los que tienen en nuestros puertos y de los que deberíamos habernos incautado al día siguiente de torpedearnos el primero.

El Gobierno los ha aceptado agradecidísimo, sin duda con el patriótico propósito de que, al tocar en ellos nuestros marinos en cualquier puerto de cualquier continente, sean recibidos por las multitudes con las simpatías y el entusiasmo que son acogidos los naturales de todas las naciones en que se rinde culto a la altivez, el valor y el honor, y no se toleran ofensas ni soporíferas, ni se reciben limosnas, ni se soporíferas burlas.

Con esos barcos reanudaremos nuestra gloriosa tradición marítima; la de las célebres carabelas del descubrimiento de América; la de las naves que quemó Hernán Cortés; la de las que hundieron la Media Luna en Lepanto; la de las que dieron por primera vez con Elcano la vuelta al mundo.

Felicitémonos, compatriotas, del gran triunfo alcanzado por nuestro Gobierno ya que tan alto deja colocado nuestro pabellón, tan enaltecida nuestra dignidad y tan satisfecho nuestro orgullo.

Y rugiremos al cielo que cada vez que cualquiera de esos seis barcos llegue a un puerto extranjero cargado de patatas, cebollas o tomates para irnos resarciendo poco a poco de las pérdidas que sufrimos al torpedearnos noventa los alemanes, no recuerde ninguno de los que estén en el muelle que descendemos de aquellos que jactanciosamente decían: «España quiere mejor honra sin barcos que barcos sin honra», porque, de recordarlo, puieran torpedearlo a patatazos, a cebollazos y a tomates.

LAS CORTES

Se abrieron el martes. Los diputados de las izquierdas concurrieron a ellas, como se esperaba.

Les desee un éxito mayor que el alcanzado en la propaganda revolucionaria realizada durante el verano último.

¿Qué curas!

El día 2 del que cursa fué enterrado civilmente en Bitem, aldea de esta ciudad, nuestro queridísimo amigo D. Vicente Domenech Carles, convencido librepensador y anticlerical de toda la vida a la temprana edad de cuarenta años. Al entierro asistió gran número de correligionarios con una gran representación del Centro republicano compuesta del diputado a Cortes D. Marcelino Domingo, el concejal del Ayuntamiento D. Ramón Andreu, y el presidente del Centro D. Juan Benet y muchos otros muy significados.

Al proceder al enterramiento se presentó un cura con los modales en ellos característicos y nos dijo:—¿Qué hacen ustedes aquí? Salgan pronto; este difunto es un impio, y por consiguiente, no consentiré que sea enterrado en este lugar sagrado.—Y continuó soltando tal cúmulo de barbaridades por el estilo, imprudentes, indecorosas é inhumanas, que nos indignó hasta el punto de que el diputado tuvo que replicarle con razón y lógica aplastante:

—Señor cura, lugar sagrado es todo aquel en que yace el cuerpo de un ser humano, y por lo mismo, en este cementerio será enterrado el difunto, pese a quien pese y cueste lo que cueste. Si los sentimientos religiosos de usted fueran como debe, no trataría de negar sepultura a un hombre que en vida fué modelo de esposos, padre digno é intachable ciudadano, y se descubriría ante su cadáver como lo estamos todos los presentes. Si Cristo volviera, lo arrojaría a usted de aquí a puntapiés y latigazos, expulsándolo de su religión, que no practica. ¿Será posible que sean las pesetas y no la religión, las que hagan tomar esa actitud a ciertas gentes?

Como aquel pequeño cementerio carece de departamento civil, se enterró en el lugar que la familia del finado eligió, y el cura escapó a gran velocidad por bajo de los algarrobos a campo través, completamente en ridículo.

Todos cuantos conocían a Vicente Domenech lamentan su pérdida, especialmente los que comulgamos en las ideas que profesaba. Para convencerse de cuán firmes eran, citaré sólo un ejemplo.

El día antes de morir encargó con sumo interés a sus dos preciosas hijas, María y Josefa, de catorce y diez años respectivamente, y a las que enviamos nuestro más sentido pésame, que si llegaban a casarse lo hicieran por lo civil.

UN REPUBLICANO

Tortosa 7 de Octubre de 1918.

CURA MODELO

A los ochenta y dos años de edad, falleció en Tolosa el 26 del mes último, don Francisco Casa y Osinalde, demócrata muy querido de cuantos le conocían por sus altas dotes de caballerosidad y honradez.

En cumplimiento de su voluntad fué llevado al cementerio civil en un coche fúnebre de segunda, al que por esta causa le ha declarado el boicot el párroco don Patricio Orcaiztgui, no consintiendo que sea conducido desde entonces en él el cadáver de ningún católico. Esto da lugar a que estuvieran horas y horas cinco aguardando turno para que los condujeran a la última morada, por haber de la villa al

cementerio una distancia de dos kilómetros (cuatro entre ida y vuelta).

Si se tratase de un hombre de esos que sólo piensan en su negocio, acaso me atreviese yo a sospechar que había adoptado esa medida con el propósito de que, estando más tiempo insepultos los cadáveres, pudiera extenderse mejor la epidemia reinante y obtener él más ganancias en su negocio, pues que de los muertos vive; pero tratándose de un ministro del Altísimo, respetable para mí como todos los de su clase, me guardaré muy bien hasta de pensarlo.

Por esto, en vez de censurarlo, le dedico el aplauso que merece todo hombre que cumple con su deber, y que no se turbe ni se dobla.

Si la Iglesia prohíbe a los católicos en vida todo trato con los impíos, ¿va a consentir él que entre sus cadáveres se establezca el menor contacto?

¡Pobres *fiambres* los de los católicos que hubieran sido llevados al cementerio en el mismo coche que condujo al impió! Hubieran ido todo el camino con el moquero en la nariz empapado en agua de colonia para no asfixiarse con las emanaciones de caballería y honradez que de sus tablas se desprenderían. Y por qué no evitarles esa molestia y ese gasto en momentos tan poco agradables de por sí.

Lo repito: aplaudo a ese cura celoso, enérgico, inflexible, que no transige con la impiedad ni en vida ni en muerte, y que, ya que no puede quemar la casa donde vivió el réprobo ni ahorcar al sastre que lo vestía, ni llevar a presidio al tintero que le suministraba el paño, declara el boicot al coche que lo condujo al cementerio civil, antesala del Infierno.

Ojalá todos los curas llenaran como a la alta misión encomendada al clero (frase de Rom-none) para que cuando se discuta en el Congreso el aumento de sueldo, pudieran los clericales asegurar que se distingue por su bondad, su caridad y su tolerancia.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Pedro Niembro, Madrid, 25 ptas; Luis Sánchez, id., 25; Nicolás Cubillo, id., 25; Asurio Herrero, Villarramiel, 20; Clemente Feijóo, Barcelona, 15; A. M. A., Málaga, 25; José Polonio Rivas, idem, 5; Salvador Pérez Marín, idem, 5; José Frías Martín, Alfarate, 5; Bonifacio Vázquez, Irún, 5; Miguel Beneyto, Madrid, 5; Marcelo Sanz, id., 10; Juan Antonio Meléndez, por encargo del Centro Obrero de Santona, 33; El Centro Cultural de Almansa, 50; Juan Bautista Jaraba, Puebla de Montalbán, 5; Daniel de la Hueraga, Benavente, 25; José Alvillos, por sí y por un grupo de correligionarios bilbaínos contertulios en el café de la Rivera, 200; José Ruiz Verdú, 10; Estanislao Frances, 3; José Róenas Berenguer, 2,50; Francisco Rico Rizo, 2; Primitivo Quilez Verdú, 2,50; Vicente Muñoz Botella, 1; Evedasto Payá Pérez, 1; Guillermo Jover Romero, 1; Constantino Martínez Castelló, 1; L. A. A., 1.

A la mayoría se les han enviado ya libros, y a los que restan se les enviarán, rogando a todos que los tomen, no como compensación a su interés por el periódico, si no como recuerdo de mi amistad.

IMPRESA, MESÓN DE PAÑOS, 8